

los tributos se recaudarian más fácilmente con las autoridades constituídas que con el desbarajuste consiguiente á la revolución.

Berthier ejecutó punto por punto las instrucciones de Bonaparte. Salió de Ancona á fines de Enero, con sus catorce mil hombres; en Loreto, hizo prisioneros al representante del Papa y á doscientos soldados; pasó los Apeninos á marchas forzadas; fueron á su encuentro el embajador español y el cardenal Somaglia, con súplicas de paz; al acercarse á Roma, huyeron á Nápoles los cardenales más hostiles á Francia, haciendo los demás, con el Papa á la cabeza, frente al peligro. No obstante la postración de su adversario, Berthier, soldado honrado y de nobles sentimientos, no estaba satisfecho del giro que tomaba la empresa. Lo declara él mismo en sus comunicaciones á Bonaparte. «Haré cuanto de mí dependa, escribale en la primera, para que nuestra tarea se cumpla sin mancha, esto es, sin saqueo». Desde Bolonia, le decía: «Mis tropas están desnudas; no tengo una peseta, y como nadie quiere permanecer aquí, resulta un desorden muy perjudicial á las operaciones». Desde Ancona, le participaba: «En las cuestiones religiosas hay que tratar con mucha prudencia al pueblo, muy fanático aún; nuestras legiones cisalpinas apenas cuentan cada una con seiscientos hombres, bandidos más que soldados». Por último, le comunicaba el diez de Febrero desde Roma: «No he hallado en este país más que consternación, nada de espíritu democrático; un solo patriota se me ha presentado á ofrecerme poner en libertad á dos mil esclavos de las galeras; puede usted figurarse cómo le he despedido; el mayor servicio que usted puede hacerme es descargarme de este mando». En el instante mismo de escribirlo, era satisfecho este su deseo, siendo destinado al ejército de Inglaterra y nombrado en reemplazo suyo Massena; mas antes de que dejase el mando, le aguardaban todavía fuertes sinsabores. El Directorio, ganoso de inferir un golpe mortal al Papado, ordenó á Berthier fundar un gobierno republicano, expulsar á todos los generales de órdenes, teólogos y prelados, confiscar los bienes del Papa, de la familia Braschi y del cardenal Albany, levantar fuertes tributos y deferir, en todas las cuestiones políticas, á la decisión de los comisarios civiles. Muy diferentes de estas eran las instrucciones que le comunicaba Bonaparte y que Berthier siguió, concluyendo, el mismo día de su llegada á Roma, un tratado con el Papa, á quien se dejaba la soberanía temporal á cambio de permitir á los franceses ocupar el castillo de Sant'Angelo, dar rehenes, castigar á los asesinos de Duphot y pagar treinta y un millones. Pero los comisarios, al tanto de las órdenes del Directorio lo mismo que Berthier, tramaron revolucionar á Roma por medio de un puñado de jacobinos parisienses, entre ellos un tal Bassal, que puso desde luego manos á la obra convocando para el once de Febrero á los demócratas romanos en el campo Baccino. Concurrieron unas docenas de miserables vagabundos, de los que se apartaron con horror los liberales. No desalentó á Bassal este fracaso. El quince logró reunir en el Forum mayor golpe de gente, y allí, entre ruidosas aclamaciones, tres notarios

levantaron acta de la proclamación de la República. Berthier hubo de resignarse á aceptar lo hecho: montó á caballo, entró solemnemente en la ciudad, subió al Capitolio y, bajo el árbol de la libertad recién plantado, pronunció fogoso discurso invocando para la libertad reconquistada la protección de los manes de Catón y de Brutus. ¡Qué sarcasmo! La proclamación de la libertad fué la señal del saqueo, que Berthier había evitado hasta entonces. Cuadrillas de jacobinos cayeron sobre los museos, iglesias y edificios públicos. No se perdonó ni los palacios de los grandes, ni las casas de los burgueses. Se forzó al Papa, después de haberle maltratado, á retirarse á la Toscana, y cuanto de precioso había en su palacio se vendió á cualquier precio á comerciantes judíos, gastándose en orgías las sumas obtenidas. En medio de este desorden, Berthier no lograba hacer efectiva la contribución de guerra que había impuesto para pagar á las tropas los dos meses de sueldo que les había prometido al partir, lo que tenía enfurecidos á oficiales y á soldados.

Con la llegada de Massena, cuya moralidad no corría parejas con sus grandes dotes militares, empeoró la situación. Todas las tropas de Italia hallábanse soliviantadas. El once de Febrero habíase sublevado la guarnición de Mantua, que respondió á su general cuando le intimó volver al deber en nombre de la ley: «La ley manda pagarnos; los que la violan son los que roban los tesoros de Italia que nosotros hemos ganado con nuestras victorias. Nos dejan sin zapatos, sin camisa; sólo nos dejan las bayonetas, después de haberlas empleado en despojar á los italianos, que por esto nos odian á muerte. Pediremos justicia en Francia á nuestros conciudadanos». Sólo se consiguió apaciguarles prometiéndoles pagar todos los atrasos antes de ocho días, lo que se cumplió á costa de los pobres italianos. De manera semejante, á los dos días de haber tomado Massena posesión del mando, reunióse toda la oficialidad, nombró un comité director y manifestó al general que no consentiría por más tiempo el robo, que deshonoraba el nombre francés; que exigía el pago regular á las tropas, y que no le aceptaba por comandante en jefe. Los soldados se pusieron como un solo hombre al lado de sus oficiales. Berthier, disgustado por haber sido desaprobado en París su tratado con el Papa, no se cuidó de apaciguar la sublevación; los comisarios civiles se negaron también á reconocer á Massena, y éste hubo de retirarse á Montbello. Alarmado el Directorio, envió á Roma á Saint-Cyr, de carácter firme é irreprochable conducta, que apeló al patriotismo de oficiales y soldados, prometió castigar á los ladrones y pagar la deuda de la patria con el ejército. La disciplina se restableció al punto. Á todo esto, los comisarios civiles habían elaborado para la nueva República una Constitución, trasunto de la de Francia, pero cuyo postrer artículo ponía el poder efectivo en manos del comandante francés. Lejos de mejorar, la situación del país siguió empeorando. Se confió la administración á personas inexpertas, y si los robos privados menguaron algún tanto, crecieron las exigencias oficiales de los franceses. Á un país esquilado, además de obligarle á subvenir al sueldo y sostenimiento del ejército,



se le impuso una fuerte contribución de guerra, para el Tesoro francés, y el equipo de una división destinada á una operación marítima. Con razón sobrada, la nueva libertad sólo inspiraba aversión y furor al pueblo, especialmente á los campesinos, que no pudieron contenerse, levantándose en armas los de las montañas de Albano y los de la parte Norte, frontera de Toscana. ¡Infelices! La heroica defensa de su derecho sólo sirvió para empeorar su condición.

A la ocupación de Roma siguió la de Suiza, cuya posesión codiciaba Bonaparte, ya para costear con el Tesoro suizo los armamentos contra Inglaterra, ya para incluir este país en el cinturón de Estados que había de proteger la frontera oriental de la gran República. El procedimiento que siguió fué el que tan buenos resultados le había dado en Venecia: inmiscuirse en las disensiones interiores, utilizando como instrumento á los demócratas suizos. El ocho de Diciembre comió con Bonaparte, en casa de Rewbell, el gran tribuno Ochs, de Basilea, rico en talentos y no escaso de vanidad, que de tiempo atrás abrigaba el pensamiento de dar á Suiza una nueva Constitución, sin privilegios de nobleza, sin distinción de cantones, y que hiciese á todos los suizos ciudadanos iguales de una sola y gran familia. Acabado de comer y cuando se hubo llenado el salón de tertulios, Rewbell llevó al patriota basileense á un rincón, donde había asientos preparados para ellos dos y Bonaparte. El general se fué derecho al asunto. «¿No podrían los demócratas suizos, dijo, emprender una revolución sin nuestro concurso?». Ochs respondió que no. «¿Y por qué no?». —«Porque los patriotas no triunfarían»; y describió el tribuno las vastas atribuciones de la policía y de los tribunales suizos. «Entonces, observó Rewbell, hay que matar al verdugo». Bonaparte insistió en la revolución: «Es preciso hacerla, y enseguida», exclamó. Ochs prometió intentarlo en la primera sesión del Gran Consejo de Basilea, proponiendo modificar la Constitución cantonal, y Bonaparte y Rewbell convinieron en enviar al encargado de Negocios de Francia en Basilea las instrucciones convenientes y sostener á los refugiados políticos del país de Vaud. «En cuanto á la Suiza italiana, yo me encargo de ella», añadió Bonaparte. La constitución de Suiza era, en efecto, muy complicada. Los grandes cantones eran aristocracias; los pequeños cantones primitivos, democracias; pero los unos y los otros tenían súbditos, esto es, territorios cuyos habitantes carecían de derechos políticos. La población de lengua francesa que forma hoy el cantón de Vaud, era súbdita de los cantones de Berna y de Friburgo, de lengua alemana; soportaba este yugo con pena, é invocó el apoyo de la República francesa para romperlo. Pero Talleyrand declaró que semejante intervención equivaldría á una declaración de guerra contra Suiza, y entonces el Directorio volvió la atención hacia otro punto de la frontera. Por el tratado de Campo-Formio, Francia acababa de adquirir el territorio alemán del obispado de Basilea, el cual tenía derechos de soberanía sobre los valles de Munster y de Saint-Immer, en las vertientes occidentales del Jura, y sobre la pequeña república de Bienne; y el Directorio,

aplicando la rara doctrina de que el que adquiere de un príncipe una provincia adquiere también los derechos de este príncipe sobre otra provincia, mandó el quince de Diciembre á las tropas del Rhin ocupar como suyos los valles de Munster y de Saint-Immer. Unos días después, el veintiocho, dió el Directorio un paso más: declaró á los individuos de los gobiernos de Berna y de Friburgo responsables de la seguridad de los vaudenses que habían implorado la protección de Francia, y para hacer más eficaz esta declaración, ordenó á la división del ejército de Italia que se hallaba en Placencia, á las órdenes de Menard, dirigirse á marchas forzadas á la ribera meridional del lago de Ginebra, para ocupar el país de Vaud de un momento á otro. Al mismo tiempo, se encargaba á los agentes diplomáticos Mengaud, en Basilea; Desportes, en Ginebra, y Mangourid, en el Valais, provocar un movimiento revolucionario en los cantones, con el objeto de aislar á Berna. También Ochs trabajaba sin descanso en la constitución futura de Suiza, que formaría, á ejemplo de Francia, una república una é indivisible, con un Directorio y dos Consejos legislativos.

Los planes concebidos en París comenzaron á realizarse en los primeros días del año noventa y ocho. En Basilea, el partido de Ochs pidió el cinco de Enero la adopción de una Constitución democrática; los clubistas promovieron agitaciones en las aldeas, y el veintiuno les fué otorgada la igualdad de derechos para todos los habitantes del cantón. Los demócratas de Vaud formaron clubs, celebraron asambleas populares, armaron bandos, se apoderaron del castillo de Chillon y enviaron mensajes á Menard, implorando el socorro de sus armas. El veintitrés de Enero, este general, con motivo de haber recibido de París orden de mantener á los vaudenses en el libre ejercicio de sus derechos, publicó un manifiesto exhortándoles á proclamar resueltamente la libertad, sin temor á los soldados de Berna: «porque el ejército de Italia protege á los patriotas, y vuestros enemigos lo son también nuestros». Los demócratas de las aldeas de Vaud, contando con tan poderoso apoyo, enarbolaron el veinticuatro la escarapela verde, proclamaron su emancipación de la dominación bernana y dieron á su país el pomposo nombre de República lemanica. Sabedor Menard de que cuatro batallones bernanos avanzaban contra Vaud, envió el veinticinco un ayudante á Veiss, en Iverdun, para protestar de semejantes medidas; y como el oficial fuese detenido en la aldea de Thieren y muerto uno de los húsares que le acompañaban, rompió las hostilidades, ocupando sus tropas en un instante la mayor parte del país. Mientras esto acaecía en Vaud, Mengaud y sus satélites trabajaban sin descanso en el Norte de la confederación; inundaban los cantones con folletos democráticos, y prometían á los revoltosos la eficaz protección de Francia. En las mismas barbas de la Dieta extraordinaria de Aarau, que se convocó á la sazón y de la que no se obtuvo resultado, Mengaud, acompañado de algunos húsares franceses, izó la bandera tricolor, excitó á los habitantes de Argovia contra el gobierno bernano y plantó solemnemente el



árbol de la libertad, con música, discursos y salvas. Vuelto á Basilea, manifestó al Directorio la esperanza de que en breve los súbditos de Berna en Argovia seguirían el ejemplo de los vaudenses. «La misma Dieta se halla atemorizada, escribía; sus individuos más notables acuden á mí á implorar la benevolencia de la República francesa; creo que el negocio se realizará sin grave daño; á ello consagraré todas mis fuerzas, sin perder nunca de vista nuestro gran fin». Este fin no era otro que la ocupación militar de Suiza. Mengaud no estaba enteramente en lo cierto. Había en Berna quienes no temían. Uno de estos patriotas era el landammann Steiger, que dispuso la leva de todos los adultos en estado de llevar las armas, reprimió los movimientos sediciosos en Argovia y suscitó en el pueblo violenta agitación patriótica. En pocos días reunió unos treinta mil hombres, resuelto á rechazar á los franceses del país de Vaud y del valle del Immer. Le desarmó el partido de la paz, que aceptó las principales peticiones de los franceses y accedió á modificar la Constitución. Al efecto, se completó el Gran Consejo con cincuenta y dos diputados, elegidos por los pequeños burgueses de las ciudades y por los campesinos, y así constituida, la nueva Asamblea nombró el tres de Febrero un Comité, encargado de redactar, en el plazo de un año, una nueva Constitución sobre bases representativas y la de ser todos los empleos accesibles á todos los ciudadanos. Con esto creyeron los más haber apagado la última chispa de la discordia. No fué tan crédulo Steiger, que exclamó: «Señores, si esta medida no nos salva, indefectiblemente nos matará». Sucedió lo segundo.

Mientras en Berna el partido de la paz se anticipaba á los deseos del Directorio, Bonaparte, á quien le importaba poco que Suiza fuese patricia ó democrática, trazaba un plan de invasión, sobre la base de que el camino más corto para ir á Berna no eran Lausana y Friburgo, sino el valle de Munster y Biel. De acuerdo con este plan, el Directorio mandó, el veintiocho de Enero, que una división del ejército del Rhin, mandada por el general Schauenburgo, marchase al valle del Immer, para ocupar á Biel, y confió la dirección de la campaña al general Brune, jacobino de la escuela de Danton, soldado emprendedor, muy á propósito, por lo astuto y solapado, para la tarea que se le encomendaba. Se le enteró por explicaciones verbales de las intenciones del gobierno, que eran marchar contra Berna lo más deprisa posible, usando de la persuasión más que de la fuerza de las armas. Se le entregó una declaración de guerra y un manifiesto, en el que se anunciaba al pueblo suizo que, habiendo sido atacadas las tropas francesas por los bernanos, iba á rechazar la violencia con la violencia; que Francia no pensaba apropiarse la menor parte de Suiza, ni perseguía otro fin que el de emancipar al pueblo de la tiranía de la nobleza, y que suspendería las hostilidades si los patricios, á las tres horas de esta notificación, entregaban el poder á un comité provisional del partido democrático. Brune se condujo como peritísimo diplomático. Imposibilitado de intentar ningún movimiento mientras Schauenburgo no hubiese llegado á Bienne, supo inspirar á los bernanos tales seguridades de paz que éstos

le enviaron dos negociadores, de quienes obtuvo que establecerían el gobierno democrático inmediatamente y á los que concedió una tregua hasta el primero de Marzo. El trece de Febrero, llegó á Bienne la vanguardia de Schauenburgo, cuya división constaba de quince mil hombres, y Brune fué aumentando sus fuerzas hasta la cifra de unos doce mil hombres, bien equipados. Mientras los franceses se preparaban con firmeza y método para el ataque, la discordia era cada día más honda entre los suizos. Las poblaciones que habían corrido con entusiasmo á las armas, fueron perdiendo la fe en su causa y en sus jefes, por la inacción en que se las tuvo y por la seducción de los emisarios de Ochs y de Laharpe, que no cesaban de hablarles de las maravillas de la democracia y de la vergonzosa traición de sus oficiales. La decisión tomada en Berna el treinta de Febrero, respecto á la Constitución, llevó á todas partes el convencimiento de que había concluido el gobierno aristocrático y la supremacía de la capital. En los bailios sometidos, el pueblo se sublevó contra los empleados de los cantones soberanos; en el Tesino, los habitantes gritaron que querían ser suizos libres; el Bajo Valais se proclamó independiente, sin oposición por parte de sus antiguos señores; los ayuntamientos del cantón de Zurich tomaron las armas para reclamar la igualdad de derechos; el gobierno de Lucerna aplicó, de propia iniciativa, una constitución democrática al cantón, y Friburgo y Soleure siguieron el ejemplo de Berna, poniéndose á redactar una nueva Constitución. Con razón escribía Brune á Paris: «Si vuestro intento en Suiza no es más que modificar la Constitución, no hay necesidad de hacer verter una sola gota de sangre». Los patriotas veían con tristeza estos sucesos. Uno de ellos, el bravo Erlach, acompañado de setenta y dos oficiales, todos ellos consejeros, se presentó el veintiséis de Febrero al Gran Consejo y dijo, con acento conmovido: «Vengo, antes de que espire la tregua, á pedir os permiso para licenciar el ejército. ¿A qué exponer á tantos valientes al peligro de una derrota, que es segura si no se abandonan las torpes medidas adoptadas hasta aquí? Si persistís, renuncio mi puesto. Esta resolución es irrevocable, á no ser que, triunfando de una debilidad indigna y respondiendo al sentimiento del honor, me deis poderes para poner á prueba la buena voluntad y la valentía del más bravo de los pueblos». Estas palabras produjeron mágico efecto. Se acordó conferir al general poderes ilimitados para cuando espirase la tregua, y para antes aun, si los franceses se permitían violar el territorio. El pueblo recobró la alegría, y las milicias, prontas á disolverse, se rehicieron con nuevo ardor, en la esperanza de batirse enseguida con el detestado enemigo. Pero esto no fué más que una llamarada. La perfidia de Brune lo desbarató todo. A la misma hora en que este general enviaba á Schauenburgo la orden de ataque, despachaba un ayudante á Berna, en demanda de dos diputados con quienes negociar la paz, para la que había recibido poderes ilimitados. Todo esto era una patraña: no había tales poderes ni tal deseo de paz. Brune era digno instrumento de Bonaparte. Consiguió lo que se proponía: desarmar al adversario. Su pe-



tición reanimó al partido de la paz, bajo cuya presión el Gran Consejo envió á Peterlinga los diputados pedidos y, dos días después, el veintiocho de Marzo, retiró los poderes que acababa de conferir á Erlach. Esta medida fué el golpe de gracia para la confianza y disciplina de las milicias, de las que parte se dispersó y parte se declaró en abierta rebelión.

Brune continuó hasta última hora su pérfido juego. El veintiocho de Febrero presentó á los negociadores suizos el *ultimátum*, cuyos extremos eran: establecimiento inmediato de un gobierno provisional en Berna, Soleure y Friburgo; adoptar medidas para dar á Suiza una Constitución democrática; poner en libertad á todos los presos políticos, y licenciar todas las milicias. Si se satisfacían estas exigencias, prometía Brune que sus tropas no darían un paso adelante. ¿Cómo cumplió esta palabra? Manifestaron los diputados que, careciendo de poderes para aceptar lo que se les proponía, irían á pedirlos á Berna, á lo que accedió Brune, prorrogándose la tregua hasta el primero de Marzo á las diez de la noche; mas no bien hubieron partido los bernanos, el pérfido general publicó la declaración de guerra que se le había enviado de París, y el primero de Marzo de madrugada, Schauenburgo rompió las hostilidades atacando el castillo de Dornach, en el cantón de Soleure, y librando sangriento combate en el valle de Matzendorf. Mientras tanto, los diputados habían regresado al campamento francés, y Brune discutía con ellos en la noche del uno al dos de Marzo, cuando ya sus columnas marchaban contra Friburgo; al día siguiente por la mañana les despidió, diciéndoles que les daba de plazo veinticuatro horas para aceptar el *ultimátum*. No se comprende semejante desprecio de la palabra, ni carencia tan absoluta del honor. Pero el desleal francés consiguió lo que deseaba: sus tropas sólo hallaron adversarios divididos y desalentados. Soleure capituló el dos de Marzo, Friburgo abrió sus puertas, y la pérdida de estas dos ciudades impidió á los bernanos mantener sus líneas de defensa por el Sur y por el Oeste. El cuatro de Marzo, las tropas confederadas, dando á Berna por perdida, se retiraron á sus hogares para defenderlos. En Berna todo fué confusión y abatimiento, hasta este mismo día cuatro, en que el partido de la paz se impuso en definitiva; los Consejos abdicaron, nombraron un gobierno provisional y aceptaron el *ultimátum* francés. Entonces Steiger abandonó el salón gritando que no quería ser comprendido en el vergenzoso tratado, y corrió al cuartel general, junto á su amigo Erlach, para hallarse frente al enemigo en el último combate. A pesar de la gran superioridad numérica de los franceses, los bernanos lograron apoderarse de las alturas que bordean el Sense, rechazar á sus adversarios en sangrienta lucha á la margen opuesta y tomarles diez y ocho cañones, lo que les causó delirante entusiasmo. Pero no tardó en llegarles la infausta nueva de que todo había concluido. Erlach, después de una lucha desesperada, tuvo que retirarse ante el empuje de la división Schauenburgo, cuyas tropas entraron en Berna á la una de la tarde. Aquí acabó la antigua confederación. Los restos de las milicias suizas se dispersaron maldiciendo de sus jefes, á varios de los cuales

fusilaron, entre ellos, al gran patriota Erlach. El seis de Marzo, entró Brune en la ciudad vencida. Después de los saludos de costumbre y de fogosos discursos por la libertad, se ocupó en lo que constituía el fin principal de la empresa, copar el tesoro, que le suministró cerca de un millón, para pagar los atrasos á las tropas; más de cinco millones, en numerario, y diez y ocho millones, en créditos sobre el extranjero. De regalo, recibió Brune doscientos mil francos, á los que hizo añadir, unos días después, doble suma para gastos secretos. Su primer comisario, numerosos empleados subalternos y los abastecedores no anduvieron perezosos; más de un millón quinientos mil francos desaparecieron del Tesoro de Berna, sin que se supiese su paradero. Coroneles y capitanes movían á toda prisa las manos, apoderándose de víveres, vino, caballos y á menudo de dinero. A ejemplo de los jefes, los soldados diéronse á devastar el país, al extremo de haberse justipreciado más tarde los valores robados en unos cuatro millones. A cambio de las riquezas que se les arrebataban, se dió á los suizos el tesoro de una Constitución democrática, diciendo con este motivo Brune en una de sus proclamas: «Más satisfactorio aún que la conquista del país, es la conquista de los corazones que la gran Nación ha logrado realizar». ¡Habrás visto sarcasmo mayor!

Pero se dudaba en París acerca de la Constitución que había de darse á Suiza. El Directorio, después de haber aceptado para todos los cantones la propuesta por Ochs, escribió á Brune, el veintidós de Febrero, que era de capital interés implantar esta Constitución en los cantones de Suiza confinantes con Francia y que conducían á la Cisalpina, dejándose á los restantes en libertad; y á los cinco días, el veintisiete, le comunicaba que los cantones de Vaud, Valais y Tesino deberían formar juntos una república particular, á no ser que prefiriesen formar tres pequeñas repúblicas independientes, lo que Francia debería favorecer en primer término. Descúbresese en esto el pensamiento de Bonaparte, que trataba de asegurarse por este modo el camino estratégico de Lyon á Milán; porque cuanto más se fraccionase políticamente el país, tanto más fácil sería dominarle. Cuando Brune daba, el diez y seis y el diez y nueve de Marzo, las órdenes para cumplimentar las instrucciones del Directorio, éste había vuelto á cambiar de propósito decidiéndose otra vez por la unidad de Constitución, á instancias de Ochs y de Laharpe; y el veintitrés de Marzo, el general hubo de retirar sus primeras órdenes y sustituirlas por las nuevas. Este cambio inhabilitó de continuar en Suiza á Brune, que fué nombrado comandante en jefe del ejército de Italia y reemplazado por el general Schauenburgo, soldado bravo y sin ambición política. Brune partió el veintiocho de Marzo para su nuevo destino, llevándose suma tan grande de oro y de plata, que á las pocas horas de viaje se rompió el eje del carro. Conforme á las últimas instrucciones del Directorio, se convocó en Aarau una asamblea legislativa, que votó la Constitución unitaria, contra los deseos de los pequeños cantones. Al mismo tiempo, se gravó con fuertes tributos á las familias patricias; los